

HILARI RAGUER

HEMEROTECA  
F. MERINO SANCHEZ

# Domingo Batet, in memoriam



El 18 de febrero de 1937, hace hoy sesenta años, moría fusilado en Burgos el general Domingo Batet Mestre. Un héroe de la guerra de Cuba que por haberse mantenido fiel al gobierno legítimo de la República española el 6 de octubre de 1934 recibió la Laureada, y por haber hecho exactamente lo mismo dos años más tarde, el 18 de julio de 1936, fue condenado a muerte por adhesión a la rebelión. Fue una de tantas muertes injustas que desgraciadamente se produjeron entonces en ambas zonas, con procesos, con pseudoprocesos o con lo que Solé Sabaté y Villarroya, refiriéndose a las tropelías cometidas en Cataluña, han llamado "procesos de cuneta".

El historiador Seco Serrano escribía recientemente que no se podrá dar por terminada la transición en Burgos hasta que haya en la fachada de la capitania general, junto a las lápidas dedicadas a Franco y Mola, otra en memoria de Batet. Tarragona, su ciudad natal, decidió no hace mucho dedicarle una calle, y últimamente, además, lo ha declarado hijo ilustre. Barcelona no le ha expresado aún el agradecimiento que le debe por haberla salvado de una matanza el 6 de octubre, cuando se negó a cumplir la consigna de Franco, quien desde el Ministerio de la Guerra, donde hacía las veces de jefe del Estado Mayor Central, le ordenaba que aquella misma noche tomara a sangre y fuego el Palau de la Generalitat y demás reductos de la insurrección. Batet apeló entonces al ministro de la Guerra, Diego Hidalgo, al jefe del Gobierno, Alejandro Lerroux, y hasta al presidente de la República, Alcalá Zamora. Todos éstos se fiaron de Batet cuando les aseguró que lo tenía todo dispuesto para sofocar con el mínimo de bajas propias y ajenas la sublevación apenas amaneciera, mientras que el asalto nocturno exigiría un baño de sangre. Batet cumplió lo prometido, según un plan que un técnico como el general López de Sepúlveda, colaborador habitual de este periódico para temas militares, ha calificado de "perfecto". Cuando llegaron a Barcelona la Legión, los regulares y los buques de guerra que Franco había enviado con la máxima urgencia, ya todo estaba resuelto. Gracias a Batet, Cataluña no fue Asturias.

La memoria del general Batet se ha visto durante muchos años atacada desde posiciones políticas e historiográficas contrapuestas, que sólo coincidían en denostarlo. Los catalanistas le reprochaban no haber obedecido a Companys el 6 de octubre, cuando al sublevarse le intimó a ponerse a sus órdenes como "general de Catalunya". Posteriormente reconocieron los princi-



pales promotores de la sublevación que había sido un grave error político, además de un incumplimiento de las reglas del juego democrático. Las izquierdas españolas no aceptaban que entraran en el gobierno tres ministros del partido que contaba con más diputados, la CEDA de Gil Robles. Como si cuando el Partido Popular ganó las últimas elecciones por mayoría relativa sus adversarios se hubieran alzado en armas porque Aznar exigiera no ya formar y presidir el gobierno, sino simplemente colocar en él a dos o tres hombres suyos.

En todo caso, hay que reconocer que el propósito de Companys no era en modo alguno separatista, como reiteradamente se ha dicho, sino todo lo contrario: se jugó a la carta de las izquierdas españolas la modesta autonomía catalana tan laboriosamente alcanzada. Companys, como Batet, no quería una batalla campal y me-

nos una matanza. Pensaba en una revolución pacífica como la del 14 de abril, pero cuando vio que, salvo Asturias, toda España estaba quieta, y que en Barcelona Batet actuaba con firmeza, se rindió.

Las derechas españolas hicieron correr el infundio de que Batet estaba de corazón con Companys, y que fueron algunos subordinados suyos quienes le forzaron a combatir la rebelión. Más tarde, desde el franquismo, no se le perdonó que hubiera tratado de impedir el triunfo del alzamiento en Burgos. Sobre la acusación de las derechas de la supuesta tibieza de Batet la noche del 6 de octubre, escribió Alcalá Zamora en sus memorias: "No ha habido leyenda más falsa e inicua que la forjada y extendida por la reacción extrema contra el general Batet".

En cuanto al 18 de julio, sólo desde el fanatismo exacerbado por la sangrienta Guerra Civil se pudo convertir la lealtad y el honor militar en crimen. El general Batet merecía una segunda laureada por aquello mismo que el dictamen del Alto Tribunal de Justicia Militar, dócil instrumento pseudojurídico de Franco, alegaba para desaconsejar el indulto: "No pudo hacerse más (por parte de Batet) para que el alzamiento glorioso fracasara en el Norte". Con un puñado de soldados de destino en la capitania, quería salir al encuentro de los regimientos sublevados, pero no pudo hacerlo porque un comandante de su Estado Mayor se apoderó a traición de su pistola y le apresó.

El general Batet tuvo siempre un alto concepto del honor militar. Cuando su subordinado y amigo el general Mola le dio palabra de honor de que no se sublevaría, le creyó. Su desgracia, su misma muerte, entendía que no mancillaban su honor. Le dolía que sus familiares le vieran en aquel trance, pero más aún que el desorden imperante en España hubiera socavado la disciplina de los cuarteles. Afrontó la muerte, en aquella fría madrugada burgalesa, con profunda fe cristiana y un valor impresionante, convencido de que algún día se le haría justicia. Momentos antes de la ejecución había escrito estas palabras para sus hijos: "Sed buenos ciudadanos y cumplid siempre con vuestro deber cualesquiera que sean las circunstancias que os depare el destino. Las naciones sufren mucho por no cumplirse sus leyes y el mal es mucho mayor cuando faltan a ellas los propios gobernantes. Yo repaso mi vida toda y mi conciencia está tranquila y satisfecha. Seguid mi ejemplo y no cuente para vosotros el fin que yo he tenido. Son momentos de pasión en que se desatan los instintos perversos; la justicia huye espantada, no actúa y se viste de luto... Pero ella actuará. Os bendice y abraza vuestro padre, Domingo". ●